

La argumentación en los espacios digitales

José Francisco ÁLVAREZ ÁLVAREZ ¹

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Quizás una buena manera de iniciar la reflexión sobre qué ocurre en la red, entendida como un nuevo espacio digital de sociabilidad, con la filosofía y con una de sus prácticas más peculiares, la argumentación, sería analizar y evaluar algunas prácticas recientes como las de Michael Sandel o la de Bruno Latour en sus respectivas propuestas de cursos abiertos masivos online (MOOC). Michael Sandel con su curso masivo sobre la justicia y Latour con el suyo sobre humanidades científicas han abierto el camino a centenares de miles de personas a una interacción masiva sobre temas filosóficos, asunto que demanda posterior análisis. Sin embargo no es ese el camino que pienso proponer hoy ya que me voy a mover en temas preferentemente conceptuales.

Sobre algunas características de la interacción en los espacios digitales han llamado la atención particularmente quienes desde las diversas corrientes de la economía experimental y economía de la conducta han abordado los condicionamientos de nuestras prácticas racionales y la incidencia de la actividad argumentativa en ellas. La importancia que en la tradición filosófica ha tenido la controversia, el debate, la argumentación expresada en documentos, escritos, cartas, hasta llegar a conformar importantes redes de corresponsales ilustrados, aparece hoy de manera emergente y creciente en el ámbito de las redes sociales digitales.

¹ Este trabajo, en sus diversas etapas y variantes, se ha beneficiado de mi participación en los proyectos de investigación financiados por el Ministerio de Economía y Competitividad, FFI2011-23125 y FFI2011-23267, "La argumentación en la esfera pública: el paradigma de la deliberación" y "El inferencialismo como epistemología social".

Una importante característica de los espacios digitales es el impresionante volumen de información que se puede almacenar y organizar en algunos de los nuevos paisajes y nuevos accidentes que componen su geografía, pero además ahora con la posibilidad efectiva de producir agrupamientos humanos con nuevas características que permiten la agregación de preferencias, compartir decisiones, y elaborar colectivamente ideas y propuestas, todo ello entre un amplio número de personas, al menos en un número mayor del que habríamos imaginado en cualquiera de nuestras utópicas consideraciones previas. Uno de los asuntos sobre el que me parece interesante trabajar, y al que le vengo dedicando una especial atención, es, por decirlo rápido, la posibilidad de una nueva caracterización de las masas derivada de las nuevas formas de agrupamiento colectivo que se ven facilitadas por la tecnología digital y que, en algunos casos, están produciendo un nuevo tipo de capacidades potenciales para los colectivos humanos. Buena parte de las formas tradicionales y formalistas de la argumentación caen en el entorno de una consideración elitista que reduce la importancia de la práctica colectiva y no tiene en cuenta la posibilidad de obtener resultados epistémicamente relevantes a partir de la interacción de masas.

No insistiré, por el momento, en si es posible encontrar en los espacios digitales rasgos nuevos y específicos de la argumentación que resulten radicalmente diferentes de los habituales en los espacios tradicionales, simplemente por el hecho de estar en el seno de espacios digitales. Sin embargo es importante observar como algunos rasgos o propiedades tradicionales de la actividad argumentativa se subrayan o fortalecen, apareciendo unas nuevas capacidades potenciales, a partir de nuevas formas de acción y de relación con la información facilitadas por los sistemas tecnológicos.

El espacio de la argumentación y la sabiduría colectiva: lenguaje y cognición

Una de las motivaciones principales de nuestras prácticas argumentativas es llegar a obtener un conocimiento más fiable y compartible. En tal sentido resulta conveniente para los estudios de la argumentación en los espacios digitales tener en cuenta las discusiones actuales sobre la posibilidad de lograr conocimiento colectivo. No se trata solamente de ganar una disputa, de conseguir la aquiescencia del auditorio o de ofrecer razonamientos válidos y coherentes; hay más objetivos para considerar conveniente la práctica argumentativa, entre otros el llegar a fundamentar de la mejor manera posible nuestras acciones, individuales o colectivas.

Como ha recordado Héllène Landemore², los estudios recientes sobre sabiduría colectiva atienden a tres características diferenciales que, en otros momentos, y en otras condiciones técnicas e institucionales, no resultaban tan manifiestas. En primer lugar, nos encontramos ante la posibilidad real, técnicamente viable, de extender muchísimo el número de personas implicadas; además un segundo aspecto, insuficientemente estudiado en otros momentos, es la existencia de mecanismos de agregación de juicios y preferencias que no suponen ningún tipo de deliberación, ni de comunicación directa y consciente entre los participantes, y que sin embargo pueden ayudar a una mejor decisión; y, por último, un tercer rasgo relativamente nuevo es la existencia de redes sociotecnológicas que hacen posible la conectividad ampliada, de manera que la información se transmite y distribuye mediante individuos interconectados de maneras muy variadas y no necesariamente centralizados en una esfera pública.

² Landemore, H. y J. Elster, *Collective wisdom: Principles and mechanisms*, Cambridge University Press, Cambridge 2012.

Por otra parte, la imposibilidad de abordar y tratar por medios no digitales los volúmenes de información ya disponible, genera dificultades de diversa índole para los procesos de organización, gestión, conservación, difusión y producción del conocimiento. Un ejemplo de esa situación y la necesidad de abordarla incluso técnicamente aparece en los estudios de economía conductual (*behavioral economics*), como los que ha realizado Cass R. Sunstein, que muestran la importancia de tener en cuenta la arquitectura de la información, la forma en que la información se presenta y las reglas predeterminadas con las que los individuos suelen actuar de manera casi inevitable (por así decirlo, no pensamos en cómo debemos subir la escalera). Desde este punto de vista encontramos variados motivos para apoyar la vía de las recomendaciones y sugerencias, los pequeños empujoncitos (*nudges*³) que contribuyen a tomar decisiones más adecuadas; los procesos argumentativos bien pueden ser estudiados como un tipo particular de esos *nudges* que muestran cómo argumentar de manera razonable⁴ frente a prohibiciones y encapsulamientos argumentativos que se presentan como estrictos procesos deductivos formalmente válidos.

De esta manera me parece que parte del núcleo de la propuesta que ha hecho Luis Vega sobre las falacias se podría entender como un análisis preciso sobre qué resultaría adecuado llamar o caracterizar como argumento en el espacio humano de la comunicación y el pensamiento, más allá de lo que pueda considerarse una prueba automática realizable por algunas máquinas, autómatas o algoritmos de diverso tipo. Las falacias se muestran así como algo más potente que un simple argumento incorrecto, aparecen como agentes generadores y delimitadores del campo de la argumentación.

A las tres dimensiones, lógica, dialéctica y retórica que constituyen planos o superficies indispensables para conformar el espacio argumentativo, excediendo los tratamientos formalistas canónicos, Luis Vega⁵ propone incorporar una cuarta que ayuda a delimitar lo que me gustaría llamar el tetraedro de la argumentación.

Esa nueva dimensión se presenta como un entorno de práctica deliberativa social, que se corresponde con lo que llama Vega el espacio público de la lógica civil y conforma la cuarta cara que se suma, para un estudio más satisfactorio de la argumentación, a las ya asumidas componentes lógica, dialéctica y retórica. No se trata de un simple complemento sino una componente indispensable para abordar de manera razonable una vehiculación de conocimiento y práctica, para mejorar la vida civil, y para facilitar otras prácticas que discurren desde el mundo de los negocios, la vida académica o la actividad docente.

Para incorporar esos elementos al ámbito de la argumentación, para colorear, por así decirlo, las cuatro dimensiones del proceso argumentativo, me parece útil apoyarse en la consideración del lenguaje como una tecnología cognitiva, en la línea defendida en M. Dascal⁶ (2002) y, a la vez, tener en cuenta la posible utilización estratégica de los argumentos como ha indicado Jon Elster⁷. Con esos complementos vemos casi de inmediato que la actividad argumentativa no es la exclusiva determinante para definir el curso de acción, aunque suponga la aceptación de ciertos riesgos y compromisos por parte del agente

³ Thaler, Richard H. y Cass R. Sunstein, *Nudge: Improving decisions about health, wealth, and happiness*, Yale University Press, 2008.

⁴ Álvarez, J. Francisco, Racional / razonable en Vega Reñón, Luis y Paula Olmos Gómez, eds., *Compendio de lógica, argumentación y retórica*, Trotta, 2011, pp. 503-505.

⁵ Vega Reñón, Luis, *La fauna de las falacias*. Editorial Trotta, S A, Madrid, 2013.

⁶ Dascal, Marcelo, "Language as a cognitive technology," *International Journal of Cognition and Technology* 1.1 (2002): 35-61.

⁷ Jon Elster ha sugerido, por ejemplo, "leer a J. Habermas, por así decirlo, a través de las lentes de Thomas Schelling". Véase Jon Elster "Strategic Uses of Argument". University of Toronto. Faculty of Law, 1992

argumentador frente a otros mecanismos de decisión.

De acuerdo con Marcelo Dascal se trataría de mirar al lenguaje no solamente como un intermediario o una interfaz comunicativa entre agentes cognitivos, sino como una tecnología que está implícita en la misma cognición. El lenguaje funciona como un entorno, un recurso y una herramienta cognitiva. Como nos recuerda Dascal, resulta muy frecuente el patrón evolutivo que discurre de tecnologías más ambiciosas a otras menos pretenciosas para lograr un cierto objetivo cognitivo; sin embargo, las ambiciones maximalistas suelen reaparecer siempre que nuevos desarrollos científicos y tecnológicos hacen que las condiciones parezcan maduras para el logro de objetivos “integrales”.

A pesar de que los argumentos racionales normalmente se consideran opuestos al razonamiento estratégico, ya que los primeros se relacionan con la validez mientras que la negociación y los movimientos estratégicos parecen relacionarse principalmente con la credibilidad, analizar los conflictos sociales articulando el razonamiento estratégico con las relaciones argumentales puede facilitar la configuración de un espacio de interpretación de las prácticas que supere a los modelos puramente lógicos o los simplemente retóricos incorporando espacios de la interacción social que, por un lado, asuman el espacio público de la deliberación, como señala Luis Vega, pero que además tengan en cuenta que las relaciones comunicativas se producen en marcos cuya estructuración (contexto) está actuando e incidiendo a la hora de conformar el resultado práctico.

Hay dos ideas claves que he avanzado en otros lugares⁸ y que ahora encuentran confirmación en estudios experimentales en economía del comportamiento. La primera de ellas es que hay rasgos del contexto que pueden contribuir a la generación de reglas. Aunque normalmente entendemos que las reglas expresan la capacidades cognitivas de los participantes, también pueden ser el resultado de las interconexiones de los agentes y de la estructura contextual conformada por esas interconexiones. Por ejemplo un simple cambio en el orden de presentación de las propuestas puede cambiar o inducir al cambio de nuestras preferencias. Y, en segundo lugar, el supuesto de que todos los participantes del diálogo disponen libremente de un conocimiento pleno y común (cada uno sabe lo que el otro sabe), además de no tener restricciones temporales, computacionales ni de memoria, suele estar a la base de muchas teorizaciones y, sin embargo, es una vana ilusión. En definitiva, como se plantea desde los enfoques de la racionalidad acotada, necesitamos analizar mejor las interacciones contextuales de seres humanos de carne y hueso.

Como han planteado Pierluggi Barrotta y Marcelo Dascal en su introducción a *Controversies and Subjectivity*:

If the subjects who carry out scientific research (...) were to follow scrupulously the rules of logic and stipulated methodological procedures, no real disagreement could ever arise between them .. This subject (uniform universal subject –a pure being of reason that embodies the correct rules of logic and methodology) is a fiction. It is a sort of ideal “representative agent”, who is supposed to provide a less ideally universal “scientific” or “rational” community with the hallmark of rationality that grants it its legitimacy and superiority.⁹

⁸ En particular, véanse Álvarez, J. Francisco, “Bounded Rationality in Dialogic Interactions” en *Studies in Communication Sciences*, Issue: *Argumentation in Dialogic Interaction*, 2005, págs: 119-130 y Álvarez, J.F., “El tejido de la racionalidad acotada y expresiva”, *Manuscrito. Festschrift on Honour Marcelo Dascal*, Volumen: 10, 2002.

⁹ Barrotta, P. y Dascal, M. (eds.), “Introducción” a *Controversies and subjectivity*; Philadelphia: John Benjamins Pub. Co., Amsterdam, 2005, pp.1-29

En mi opinión los agentes reales no deberían desdibujarse sino que deberíamos mantenerlos al menos como parámetros permanentes de la interacción. En la perspectiva estándar de la racionalidad (que inunda los campos de la reflexión filosófica además de ser preeminente en los núcleos conceptuales de las ciencias sociales, en particular de la ciencia económica) se nos presentan agentes olímpicos, similares a los dioses del Olimpo que allí tienen acceso sin restricciones temporales ni de memoria a todo el conocimiento necesario. El problema con esa situación es que, al ser todos dioses epistémicos, ninguno es necesario o, al menos, bastaría con uno.

Nuevos y diversos colectivos ahora pueden intervenir en el proceso de decidir, de conformar creencias, de generar formas de elicitación emocional y, en algunos casos, incluso de acercarse a uno de los objetivos (entre otros varios) del proceso argumentativo: la mejora de la comunicación entre humanos para incrementar nuestro grado de conocimiento sobre diversos aspectos de nuestro entorno y sobre las relaciones que podemos establecer entre nosotros. Se trata de nuevas capacidades que no tienen que ver estrictamente con rasgos del dispositivo tecnológico específico, con si, por ejemplo, una determinada herramienta es más o menos abierta, con si depende de tal o cual productor de servicios tecnológicos, sino que lo diferencial está radicalmente implicado en la ontología de la transformación digital misma. Algunos rasgos secundarios pueden facilitar o generar limitaciones pero no son fundamentales ni son la clave.

Una primera cuestión que debemos tener en cuenta es que ahora estamos ante la posibilidad de acceder a la información pertinente en el preciso momento en que nos resulte necesaria para afrontar cualquier tipo de tema. Se superan las barreras espaciales, disponemos de un cierto tipo de ubicuidad, ampliamos nuestro enciclopedismo y el juego de la interacción asíncrona que amplía el número de participantes, expande y supera los límites de la memoria a la par que facilita el acceso inmediato a la información necesaria. Todos ellos son rasgos posibilitadores de agrupamientos que pueden producir la aparición de agentes colectivos inexistentes previamente. Por ejemplo que 100.000 personas puedan opinar en un día sobre un asunto, que nos informen de un acontecimiento, que añadan información y valoración, etc. etc., todo ello es un leve indicio de lo que queremos decir. No era posible con anterioridad. La cuestión es analizar si para la argumentación tiene esto el mismo sentido que pudo tener, por ejemplo, la aparición de espacios públicos vinculados a actividades de intercambio de información y de conformación de opinión: el ágora en la polis, los tribunales, los cuerpos legislativos. Por ejemplo, la multidireccionalidad o al menos la superación de la unidireccionalidad es un rasgo nuevo del espacio digital que facilita formas nuevas de interacción masiva.

Algunos asuntos relacionados con las formas de gobierno y participación, que han sido permanentemente discutidos en la historia del pensamiento político y que tienen sus referentes clásicos en las propuestas aristotélicas y platónicas, aparecen bajo un nuevo prisma en la sociedad digital. Me refiero a si la mejor decisión se logra a partir de algún tipo de mayoría o viene sustentada por la opinión y decisión de expertos, quienes supuestamente tienen mayor y mejor conocimiento. A veces se ha caracterizado esa polémica como el debate entre democracia y epistocracia. El asunto que quiero señalar es que la aparición de internet y los espacios digitales está relanzando esa discusión, que se está abordando con nuevas herramientas y al respecto se vienen realizando experiencias que pueden servirnos,

apoyándonos en los resultados de la psicología experimental y de la economía conductual, para ver cómo es posible complementar el análisis de la argumentación contrastando los modelos ideales del proceso argumentativo con prácticas realmente existentes.

El tema que trato de estudiar y analizar¹⁰, o al menos plantear en relación con los espacios digitales, tiene antecedentes muy notables en otros espacios políticos y conceptuales. Por ejemplo, en el libro III de la *Política* puede leerse una muy jugosa opinión de Aristóteles a propósito de este asunto: “Aunque cada individuo sea peor juez que los expertos, la totalidad conjunta de todos aquellos será mejor juez o por lo menos no peor”.¹¹

En nuestro mundo contemporáneo, en el que parece que la opinión de los expertos sea la garantía única que nos permitirá sortear la radical situación de incertidumbre global en la que vivimos, caracterizada principalmente por incertidumbres y riesgos antropogénicos, me parece que retornar con cierta calma al clásico puede resultar muy esclarecedor.

La articulación entre colectividades e individuos excelentes, así como el papel respectivo de las masas y los líderes para lograr la eficiencia del sistema democrático, son temas que aparecen en aquel texto aristotélico y hoy tenemos campos enteros de especialistas en diversos ámbitos de las ciencias sociales que están trabajando sobre ello y me parece que de manera muy pertinente para los estudios sobre la argumentación. Un buen ejemplo son los materiales recogidos en una interesante obra compilada por Héléne Landemore y Jon Elster¹². Landemore también hace referencia al Aristóteles de ese libro de la *Política*, para indicar que estamos ante un asunto de larga tradición filosófica y recuerda que Jeremy Waldron en 1995 bautizó a este argumento aristotélico como “la doctrina de la sabiduría de la multitud”.

El asunto de la sabiduría colectiva ha irrumpido en el mercado de las ideas casi con tanta fuerza como el nefasto subproducto etiquetado como inteligencia emocional. El libro “La sabiduría de las masas” de James Surowiecki de hace unos diez años se convirtió en un best seller, aunque es conveniente señalar que un año antes ya había escrito Howard Rheingold *Smarts Mobs, The Next Social Revolution*. (Multitudes inteligentes, la próxima revolución social).

Aunque todo el mundo haya oído recientemente hablar de los cursos masivos abiertos online, los MOOC, palabra mágica que promete resolver todos los problemas de la educación superior, es conveniente recordar que Rheingold es uno de los principales introductores de esa noción aunque de manera mucho más sofisticada e interesante que muchos otros productos que hoy se nos ofrecen en el mercado de la educación superior. En particular Rheingold hablaba de algo que ahora se llama c-MOOC (mocc conectivistas) y, en mi opinión, mostraba la importante vinculación existente entre asuntos de la más rancia investigación en filosofía con elementos prácticos de intervención social.

La expansión del conocimiento que pueden adquirir las multitudes permite pensar en otras formas de producción de conocimiento, que, en parte, está siendo abordada por especialistas en teoría de la computación, psicólogos experimentales y economistas del comportamiento, y parece interesante avanzar sobre ello algunas consideraciones conceptuales típicamente filosóficas.

¹⁰ Algunos ideas que aquí resumo las he avanzado en "Entre la democracia cognitiva y el paternalismo libertario: Internet y las redes sociales", texto que espero aparezca pronto en la Universidad de Lisboa, en edición colectiva preparada por Antonio Moreira Teixeira.

¹¹ Aristóteles, *Política*, 1282a .15 Libro III, cap. XI, Análisis del gobierno popular

¹² *Collective Wisdom, Principles and Mechanism*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012.

La revolución provocada por Internet, las redes sociales y los dispositivos móviles, crea nuevas condiciones de posibilidad (nuevas *capabilities*) para que los agrupamientos humanos puedan producir conocimiento de calidad, sin tener que aceptar formas elementales del despotismo ilustrado, el voto cualificado o censitario, ni siquiera la dirección tecnocrática vía expertos que disponen de mejores conocimientos; es una tarea que debería ir unida a una comprensión de cómo los humanos accedemos a la información y cómo actuamos a partir de la información disponible.

Sunstein y Thaler¹³, vienen insistiendo en la importancia de tener en cuenta la arquitectura de la información. La propuesta que defienden en el ámbito de la teoría política, el paternalismo libertario, tiene una conexión directa con lo que me gusta calificar de tercera etapa de estructuración sociotecnológica de las masas, la era de las multitudes online y a distancia.

La idea básica del paternalismo libertario, dicho de manera muy simple, es la de proponer un marco para la elección de los ciudadanos que no restrinja su conjunto de acciones posibles, es decir, no cambiarles el menú sobre el que pueden elegir, este es el componente “libertario”, pero añadiendo una tarea de diseño o arquitectura en la presentación de la información que resulta que condiciona la elección. Aquí aparece el componente paternalista. Dicho así parece un simple problema de decisión ideológica, o tratamos de influir o no pretendemos hacerlo.

Ahora bien, la cuestión interesante es que no hay posibilidad clara de no intervenir ya que la no intervención también es una manera de presentar la información. Sunstein y Thaler insisten en una noción muy específica, las “normas predeterminadas” (*default rules*) para señalar que en muchísimos casos los sujetos eligen simplemente mediante el seguimiento de la regla predeterminada. Si cambias la regla predeterminada puedes conseguir cambiar las conductas y puedes lograr resultados que de manera explícita e intencional parecería imposible conseguir.

Un ejemplo muy sencillo que señalan es el caso de dos países europeos con tasas de donantes de órganos muy discrepantes, X con el 20% e Y con el 80% de donantes. Una primera interpretación posible sería señalar que el país Y está formado por ciudadanos con ideologías más solidarias, más responsables, etc. y la comunidad X quizá por influencia de temas religiosos u otros resulta más egoísta, menos preocupada por los demás. Sin embargo un análisis más detallado mostró que en el país Y (con el 80% de donantes) estaba en activo una norma por la que de manera predeterminada (por default) se era donante salvo que decidieras voluntaria y activamente salirte del programa de donaciones. Por el contrario en el país X (con solamente un 20% de donantes) estaba vigente una norma predeterminada según la cual había que firmar un documento por el cual la persona expresaba su voluntad de ser donante.

Esta es una de las formas más simples de reorganizar la información, el conjunto de opciones se mantiene pero la situación cambia profundamente si la norma que aceptas, y que debes cumplir de manera predeterminada, te conduce a una u otra salida. Recientemente Sunstein ha aplicado su propuesta a temas medioambientales, a cuestiones relacionadas con los seguros, a la posibilidad de mejorar la presencia de grupos de inmigrantes en los centros de enseñanza superior y, de manera muy destacada, al análisis del cambio constitucional.

¹³ *Op. cit.*

En una sociedad que se articula en torno a la información y que considera a ésta como un recurso esencial para la vida de las personas, de las organizaciones y de las sociedades, el poner en claro qué se trata de información no neutral y que se puede estructurar desde múltiples intereses en juego resulta una tarea prioritaria si se quieren satisfacer muchos de esos intereses. La actividad principal de los procesos argumentativos consiste, en mi opinión, en proceder a reestructuraciones de la información disponible. No se trata, estrictamente, de que ofrezcamos un nuevo conocimiento: nada hay en la conclusión que no estuviera previamente en las premisas. Sin embargo hay un elemento sorprendente, de novedad, en la conclusión del proceso argumentativo y ello tiene que ver con la presentación, la estructuración de la información. La información pertinente para nosotros no siempre está explícita y el contexto en el que se presenta “produce” por así decirlo nueva información útil y significativa para los usuarios.

Los espacios digitales son un lugar propicio para la experimentación de procesos argumentativos que tratan de reorganizar la información y que así producen nuevos resultados. La variedad epistémica, los diversos puntos de vista, que se habían considerado importantes para mejorar la resolución de problemas tienen ahora un lugar destacado en los espacios digitales.

Así que uno de los asuntos centrales es el de la naturaleza de la información, sus diversas formas de agregación, los mecanismos de su difusión, etc. etc. No se trata tanto de encontrar una teoría de la información que expanda el modelo de Shanon-Weaver, o algún otro elemento de la información y su procesamiento como mecanismo tecnológico, sino de afrontar directamente la naturaleza de la información para unos determinados individuos, con un determinado modelo humano, y tratar de acercarnos a cómo compilamos y compartimos la información que resulta pertinente para nuestros objetivos, para la resolución de los problemas que nos parezcan adecuados resolver o para los que se nos planteen socialmente con independencia de nuestra voluntad..

En mi opinión resulta una tarea filosóficamente pertinente y para ello resulta interesante revisar tres de los principales mecanismos de agregación social de la información: el mercado, la estructuración jerárquica y la democracia.

Uno de los mecanismos de agregación de la información que se ha considerado fundamental y sobre el que se ha investigado muchísimo es el mercado. No es cuestión de entrar aquí en las diversas corrientes de teoría económica, ni en las consideraciones, por ejemplo, de Hayek sobre las excelencias del mercado, o, por citar a alguien de otra orientación ideológica, de Piero Sraffa el buen amigo de Toni Gramsci. Simplemente recordar que también las posibilidades tecnológicas que nos ofrece Internet están poniendo en discusión muchos de los elementos tradicionales de la sabiduría y la práctica económica.

Por recordar algo ya suficientemente conocido, los nuevos sistemas de pago y las nuevas monedas, desde *PayPal* a *Bitcoin*, dinero nacido digital que no es simplemente uso digital del dinero, están poniendo en tensión a los sistemas tradicionales e incluso, también se ha trabajado ya bastante en ello, a los mercados de valores que están siendo desbordados por los nuevos sistemas de compra inmediata por Internet, que hacen que determinados agentes sociotecnológicos sean capaces de disponer de información en tiempo real sobre las compras y con ello puedan diseñar una especie de pronóstico inmediato que casi simula la disponibilidad de información privilegiada.

Un segundo mecanismo de agregación de la información, al que ya se refería Aristóteles, es la democracia. En este caso también Internet está ofreciendo la posibilidad de realizar experimentos y prácticas sociales que no eran posibles previamente, en particular la

posibilidad de proceder a agregar y compartir información en formas no previstas e insospechadas. Estamos asistiendo a nuevos procesos que no son simplemente la votación permanente, que es lo que algunos han analizado trivialmente como la e-democracia. Se trata, en mi opinión, de algo radicalmente diferente, de capacidades emergentes, inexistentes previamente, y que el sistema tecnológico facilita. Por ejemplo, no solamente se puede conformar “la masa” por medio de la agrupación contigua de individuos sino que ahora es posible pensar incluso en una masa conformada a distancia en la que los individuos pueden tener información casi inmediata de lo que opinan otros. Este tipo de propiedades emergentes del sistema sociotecnológico, que no son simples propiedades de la tecnología, colocan a los individuos y a sus interrelaciones en el centro mismo del proceso, con toda la responsabilidad derivada de ello y no simplemente trasladan esa responsabilidad al objeto o al sistema tecnológico.

La democracia como mecanismo agregador tiene muchos matices. En primer lugar puede entenderse como una manera de agregar preferencias diversas ya definidas, estableciendo algún mecanismo de toma de decisiones siguiendo diversas normas de decisión mayoritaria, incluso con los correspondientes procedimientos respecto a las opciones minoritarias. Ahora bien, también podríamos imaginar, otro papel agregador de la democracia en el caso de que compartamos preferencias similares pero discrepemos sobre la mejor manera de conseguir esas preferencias compartidas. Condorcet mostró en 1785 (hace casi 230 años) que siempre que cada participante individual tenga una posibilidad superior al 50% de elegir la mejor de dos opciones, la probabilidad de que la mayoría del grupo elija el mejor resultado se acerca a 1 en la medida en que el número de votantes se incrementa.

Este resultado conocido como Teorema del Jurado de Condorcet, muestra una segunda línea en la consideración de la democracia como agregadora de información en aquellos casos en que compartimos preferencias pero debatimos el mejor modo de lograr dichas referencias.

Recientemente Hélène Landemore¹⁴ ha tratado de demostrar que los mecanismos democráticos pueden funcionar mejor que los modelos epistocráticos en el sentido de que una gran cantidad de personas ignorantes pueden alcanzar conjuntamente un resultado mejor que el apoyado por un pequeño grupo de expertos.

Tres son las principales razones que esgrime Landemore (y que han sido intensamente criticadas por defensores de la excelencia de los expertos y, en general, partidarios de modelos económicos estándar de la democracia¹⁵). En primer lugar, la eficiencia de los resultados agregados. Si los errores se distribuyen aleatoriamente, la democracia de masas consigue al menos los mismos resultados que la decisión de un grupo reducido de expertos. En segundo lugar el teorema del jurado de Condorcet, si los votantes son independientes y si el votante promedio está suficientemente bien motivado y es más probable que esté en lo cierto que no que esté equivocado, entonces en la medida en que el grupo se hace mayor se hace más probable que se obtenga el resultado correcto.

Y, por último, lo que llama el teorema de Hong-Page: bajo unas determinadas condiciones, la diversidad cognitiva entre los participantes en un problema de decisión colectiva es más

¹⁴ En su libro *Democratic Reason: Politics, Collective Intelligence, and the Rule of the Many*, Princeton U. P., 2013.

¹⁵ Véase la sección especial de *Critical Review: A Journal of Politics and Society* Volume 26, Issue 1-2, 2014 en la que se recoge una amplia y plural discusión sobre el libro de Landemore citado anteriormente.

probable que se produzcan resultados correctos que incrementan la habilidad o confiabilidad de los resultados individuales.¹⁶

Estos trabajos de índole principalmente teórica contrastan con algunos estudios empíricos que parecen mostrar que ciudadanos con un bajo nivel de conocimiento, al actuar como colectivo al parecer *no* producen resultados interesantes o inteligentes sino que, por el contrario, producen errores sistemáticos.¹⁷ Este asunto de los errores sistemáticos se correlaciona con algunas teorías sobre la argumentación y la racionalidad que parecen también empeñadas en mostrar ese tipo de errores sistemáticos por parte de los individuos. Desde luego si el error fuera sistemático ello sería una mala noticia para las tres defensas a priori de la democracia como ha tratado de mostrar con todo detalle Jason Brennan.¹⁸

Más allá de la distinción entre los mecanismos de mercado y los procedimientos democráticos, cabe otro tercer tipo de sistemas que sean plena o parcialmente jerárquicos como los que proponen Sunstein y Thaler en el enfoque del paternalismo libertario. Aunque, en mi opinión, no se les pueda achacar la defensa de una simple forma de estructuración jerárquica de gobierno aristocrático, del gobierno de los mejores, de los más cualificados o de otros mecanismos similares, como han criticado Henry Farrell y Cosma Shalizi.¹⁹

La irrupción de las masas

Me parece que hay que tomarse en serio, al menos como hipótesis de trabajo, la razonabilidad del oxímoron, paternalismo libertario. La conexión entre las personas ha sufrido en los últimos decenios cambios importantes, provocados principalmente por la generalización de las tecnologías de la información y la comunicación. Por ello me parece importante reflexionar tres etapas bien diferentes en la teorización sobre la masa y las multitudes:

1. La masa como agente irracional y peligroso que requiere un control atento y una gestión cuidadosa (fases: sumergirse, contagiarse, efecto rebaño) G. Tarde, Ortega y Gasset.
2. La masa como manifestación de una protesta racional. La masa y sus miembros como impulsores del cambio. Aún así se generan situaciones llenas de peligros, incertidumbres y desorden. Aparece indirectamente la teorización de “izquierda” con las élites de los partidos tratando de encontrar nuevas maneras de desbordar lo establecido apoyándose en la fuerza pero no en la capacidad cognitiva de la multitud. Un autor que me parece fundamental para comprender estas dos primeras fases de la comprensión de los fenómenos masa es Elías Canetti²⁰.

¹⁶En referencia a un trabajo de Hong, Lu y Scott E. Page, "Problem solving by Heterogeneous Agents", *Journal of Economic Theory* 97(1), 2001, pp. 123-63

¹⁷ Caplan, Bryan, Eric Crampton, Wayne A. Grove, Ilya Somin, "Systematically Biased Beliefs about Political Influence: Evidence from the Perceptions of Political Influence on Policy Outcomes Survey", *Political Science & Politics* 46.04 (2013): 760-67 . También Caplan, Bryan, "Beyond Conventional Economics: The Limits of Rational Behaviour in Political Decision Making." *Public Choice* 131.3-4 , 2007, 505-07.

¹⁸Brennan, Jason, "How Smart is Democracy? You Can't Answer that Question a Priori", *Critical Review*, Vol. 26, Iss. 1-2, pp. 33-58, 2014

¹⁹ Farrell, H. "An Outline of Cognitive Democracy - La Pietra Dialogues." 2013. <<http://www.lapietradialogues.org/area/pubblicazioni/doc000071.pdf>>

²⁰ Elías Canetti, *Masa y poder*, 1962 (v. cast. de Juan José del Solar, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2002)

3. En tercer lugar y en fechas más recientes de finales del siglo XX nos encontramos con las masas como fuente de conocimiento y sabiduría. Masa estructurada y colaboración masiva, innovación abierta, la innovación de usuarios de von Hippel²¹. La masa en vez de aparecer como generadora de problemas se presenta como fuente de inteligencia colectiva. Se abre la posibilidad de generar soluciones inesperadas, eficientes, poco costosas, originales, a problemas complejos.²²

Esta tercera etapa de la presencia de las masas en una sociedad interconectada nos permite reformular la sabiduría de las multitudes en términos que siguen la estela aristotélica pero, sobre todo, muestran la viabilidad y los efectos prácticos de esa consideración. Estamos ante una posible gestión democrática de la complejidad que, debido a que tiene en cuenta la posibilidad de una expansiva democracia cognitiva, puede ser una forma práctica de superación del liberalismo y del paternalismo. Precisamente se trata del paternalismo libertario, que incorpora para su componente paternalista una versión más cercana al padre protector que al padre estricto por utilizar la terminología utilizada por George Lakoff²³. El paternalismo libertario me parece un candidato muy serio a tener en cuenta a la hora de organizar la vida pública en la era de la interconexión y de los individuos interconectados.

El vínculo entre el paternalismo libertario y la democracia cognitiva, más allá de posibles contraposiciones, supone una nueva vía de teorización sobre la masa. Ahora se abre tanto la posibilidad del control masivo de las personas debido a la posibilidad de acceder y gestionar ingentes cantidades de datos cuanto la viabilidad técnica de la participación de las multitudes en el debate. Ambas son las fuerzas contrapuestas de una nueva etapa de lo político. Estamos entre el gran hermano y el gobierno abierto.

También aparecen formas híbridas de utilización de la potencia agregadora de la información por parte de las masas para generar mecanismos de control social muy férreos. Por ejemplo, la utilización el 20 de abril de 2014 en el maratón de Boston de una *app* gratuita de conexión libre, que permitía que todos aquellos que quisiesen mandar imágenes, sonidos, textos o videos a una central de vigilancia, lo pudieran hacer y controlar así posibles atentados terroristas.

La viabilidad de la democracia cognitiva, como oposición a formas previas de consideración cognitivamente degradante de las masas y las multitudes, se ajusta más a la posición de Sunstein, quien me parece que no compartiría la visión de las masas que podrían tener Gabriel Tarde u Ortega. Nos encontramos ante una nueva etapa en la estimación cognitiva de las masas, algo que puede verse claro en su obra *Infotopia*.²⁴

En una primera lectura la democracia cognitiva parece entrar en conflicto con las propuestas para la elección que han formulado Sunstein y Thaler, entre otros, y a la que han etiquetado como paternalismo libertario. En mi opinión, en las condiciones de la sociedad interconectada, el paternalismo libertario puede resultar un complemento adecuado para impulsar procesos de democracia cognitiva, facilitando los mecanismos de agregación de las preferencias individuales.

²¹ Von Hippel, Eric. *Democratizing innovation: The evolving phenomenon of user innovation*, The MIT Press, Cambridge Mass., 2005.

²² Véase a propósito Wexler, Mark N., "Reconfiguring the sociology of the crowd: exploring crowdsourcing," *International Journal of Sociology and Social Policy* 31.1/2, 2011, pp. 6-20.

²³ G. Lakoff, *Moral Politics: How Liberals and Conservatives Think*, The University of Chicago Press, 1996

²⁴ Cass R. Sunstein, *Infotopia: How many minds produce knowledge*, Oxford University Press, 2006.

La articulación entre los dos polos, la democracia cognitiva y el paternalismo libertario, puede facilitarse si tenemos en cuenta los implicados procesos de argumentación y reflexión crítica, tanto en la deliberación como en el debate abierto, plural, diverso y discorde.

La reconsideración que proponemos del papel respectivo de los expertos y las multitudes, que ya aparecía planteada en Aristóteles, se apoya en una visión no dicotómica entre individuo excelente y masa. La revisión de las concepciones sobre la masa resultan importantes y pertinentes aquí, para encontrar los nexos entre el conocimiento experto, la *crowdexpertise* y la sabiduría colectiva²⁵, el conocimiento de las multitudes.

Un aliado de última hora para comprender esta situación son los *big data* y la analítica de datos. Simples herramientas analíticas (ejemplo, Twitter y su utilización como pronóstico sobre el paro, las búsquedas de Google y previsión de epidemias, etc) que nos generan tendencias y orientaciones en un sentido no muy lejano al de las preocupaciones de la estadística en el XVIII.

No son radicalmente diferentes las condiciones que facilitan el comportamiento gregario y las que ayudan a la generación de conocimiento con alta calidad epistémica. Desde la obra de Maquiavelo hasta los trabajos de Cass R. Sunstein nos topamos con este asunto de manera recurrente en el pensamiento político, en el análisis de la persuasión e incluso en el uso de las técnicas retóricas y su difícil y problemático deslinde de las prácticas argumentativas. .

Por ejemplo, cuando han aparecido con toda su fuerza las potencialidades del acceso abierto al conocimiento, también comienza a vislumbrarse una cierta paradoja ante el fortalecimiento de los grupos tradicionales mejor situados que ahora se ven potenciados por una determinada forma de expansión del Open Access, generando un nuevo mertoniano efecto Mateo. Todo ello se presenta, precisamente, cuando los grandes grupos editoriales comienzan a cambiar su política para generar nuevas formas de negocio a partir de una cosmética del Open Access. Un caso más que muestra que se trata de política y no de tecnología.

La tecnología aparece como una condición necesaria, abriendo posibilidades que permiten a los individuos realizar actividades previamente insospechadas además de facilitarles diversas formas de agrupamiento que tampoco parecían viables en otros momentos. Ahora bien, sin la correspondiente acción social organizada no obtenemos el resultado en uno u otro sentido.

Todo el enorme caudal crítico sobre las supuestas exageraciones de la conducta en la red, resulta con frecuencia sordo y ciego ante los valiosos resultados de acción colectiva, mudo ante la superación de muchas de las paradojas de la acción colectiva y miope ante valiosos resultados de emergencia de nuevos bienes públicos generados en la red. Con frecuencia esas críticas reflejan una perspectiva elitista heredera de la noción peyorativa de las masas que ha sostenido el pensamiento conservador, particularmente en el primer cuarto del siglo XX (recordemos a Ortega y Gasset), que hace conveniente insistir en la necesidad de superar los falsos dilemas entre gregarismo y seguimiento ilustrado, para encontrar algunas vías mediante las cuales podremos mejorar la calidad epistémica, democrática, participativa y cognitiva, de la actividad en la red y de sus resultados.

²⁵ Tema que he abordado en José Francisco Alvarez, “Racionalidad acotada, matrices evaluativas y función experta” en Eduardo Apodaka Ostaikoetxea, Lucía Merino Malillos y Mikel Villarreal Sáez (eds), *Crísis y mutaciones de la expertise: escenarios, políticas y prácticas del conocimiento experto*, Ascide, Zarautz, 2012, págs. 97-109

La aparición de un nuevo agente, el individuo entretejido e interconectado, está facilitando la emergencia de un conjunto de nuevas propiedades de la interacción social que provoca la redefinición de los agentes, la reformulación de los espacios de lo público e incluso las formas de generación de los bienes públicos. Ante la posibilidad misma de que muchas mentes generen conocimiento se plantea un auténtico desafío a la conceptualización conservadora de las masas debido a que emergen usuarios y masas inteligentes, con mecanismos nuevos de selección y generación de conocimiento de calidad y con posibilidad efectiva de intervenir en formas de acción colectiva profundamente diferentes de los modos de organización social tradicional. Las masas emergentes en la sociedad híbrida rompen algunos modelos conceptuales tradicionales, generando una forma estructurada generadora de nuevas prácticas y nuevos conocimientos con capacidad transformadora.

Internet, los dispositivos móviles y las redes sociales conjuntamente sustentan el modelo de “individualismo entretejido” que proponen Raine y Wellman²⁶. En mi opinión se trata de una gran metáfora para tiempos convulsos. La metáfora del sistema operativo me parece muy poderosa, como instrumento para comprender lo que sucede en nuestra sociedad más allá del obvio incremento de los tipos y usos de aplicaciones, instrumentos y prótesis tecnológicas en todos los aspectos de nuestras vidas.

En definitiva hay una expansión, o así puede vivirse, irrefrenable de las redes, de lo entretejido, del entramado, que expresa una nueva forma de organización que se apoya en múltiples conexiones de baja intensidad pero que contribuyen a una nueva forma de sociabilidad porque ofrece nuevas capacidades, nuevas formas de acción posible, una auténtica expansión de nuestra acción como humanos. En ese espacio aparece con mucha nitidez y de manera indispensable aquella cuarta dimensión a la que nos hemos referido, la estructura y potencialidades del espacio público, para comprender la actividad argumentativa.

²⁶ *Networked: The New Social Operating System*, The MIT Press, Cambridge, Mass., 2012.

